

*IRSE Y VOLVER*  
(*El tiempo del torero*)

Norberto Carrasco Araúz



a enésima vuelta a los toros de *Pedrín* Benjumea –23 de marzo pasado en San Sebastián de los Reyes–, un reciente corte de coleta del novillero Luis Carlos Aranda –21 de abril en Las Ventas–, más la despedida de José Luis Galloso, noticia de última hora en este mayo postrero en que escribo, han traído actualidad a dos temas relevantes: cuándo se van los hombres de luces de la profesión y en qué momento los espadas retirados deciden volver. Ambos extremos resultan muy significativos porque delimitan, en extremo, algo tan decisivo como «el tiempo de un torero»\*.

Precisar estos puntos –abandono, regreso– viene a ser como ponerle puertas al campo. El oficio taurino comporta una singularidad tal, que no existe tauromaquia alguna capaz de determinar la extensión de su ejercicio. Este aparece tan arriscado y áspero, implica tantos escollos, que se rige por un «aquí, vale todo» en que la taquilla y los aplausos encarnan los únicos árbitros respetados. El adiós y la vuelta a los rue-

---

\* Desgraciadamente Pedro Benjumea falleció el 21 de noviembre de 2000. Séale la tierra ligera y su recuerdo permanezca entre nosotros (La Redacción):

dos no son algo reglado y concreto –como sucede en cualquier profesión en sus correspondientes estatutos laborales –, sino que significa un tema personalísimo, *uti singuli*, en que cada cual actúa según le dictan las fuerzas y muchas más veces –erróneamente– el corazón...

Los actuales retornos de nombres con solera –Ruiz Miguel, Ojeda, *Caípea*– valen, al margen del dinero, como exclamaciones de rebeldía contra una sociedad que al englobar a los vestidos de grana y oro en la grey anónima –ese desalmado *square man* de los anglosajones– los aniquila, los mata, los devora para siempre. Cuando los diestros desertan de la fiesta –como según Ortega y Gasset les sucede a los europeos sin misión histórica–, «se aflojan, se les descoyunta el alma».

¿Qué significa un matador –pese a sus millones– perdido en el yermo de lo privado? Nada o casi nada: ceniza al viento, inconsistencia, lejanía... ¿Dónde están, para el gran público, los fenómenos de ayer mismo? Pedrés, Camino, Puerta, *El Viti*, Ángel Teruel, etc. ¿Qué parcela de su presente requiere un foco informativo? Ninguna; se fueron para siempre y sus fastos actuales –«¿Qué se fizo del rey don Juan/ y los infantes de Lara/ qué se fizieron?»– apenas merecen una gacetilla en los medios. Si perviven y son algo, será siempre desde su pasado artístico, nunca descolgados o apartados de él.

Frente a los pontífices máximos, para la tropa –hostigada por una intemperie sin contratos–, ser torero supone no abandonar una vocación –aunque no fructifique–, sino aguardar que un toro los descubra y haga desbordarse la represada torería que cada uno de ellos pretende albergar. Es desajuciarse de asuntos mostrencos y llevar por contra en la cabeza

–como «alboroto divino de alguna pajarera»– un tole tole de gloria presagiada: «¡Ay el día que me embista un bicho!».

Por lo mismo no presupone algo provisional o advenedizo, sino medular y último. En términos económicos, se diría que significa algo estructural, jamás coyuntural para el individuo. Si a quienes azacanean agónicos en la cola del escalafón –una o dos corridas al año, amén de algunos festivales– y ganan su pasar como Dios quiere –una tienda, un bar, un bingo, un taller– alguien les preguntara en qué se ocupan, responderían sin vacilación: «Soy torero».

#### 1.– Y VOLVER, VOLVER, VOLVER...

Veintitrés de marzo último en la plaza de San Sebastián de los Reyes. Astados de María Lourdes Martín de Pérez Tabernero para *Pedrín* Benjumea, *Morenito de Jaén* y José Luis de los Reyes. ¿Qué persigue a estas alturas –45 años– el primero de los citados, un sábado perdido en el almanaque y en semejante compañía? Se registra menos de media entrada, no cabe pensar en taquilla alguna –la general vale 1.500 ptas. lo mismo en sol que en sombra– y los compañeros de terna –dicho con el respeto que merece quien se viste de luces– no cuentan, andan desnortados en el taurino Mar de los Sargazos<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Baste recordar a este respecto que el 21 de abril último, sólo un mes después de aquella corrida, Manuel Cruz, *Morenito de Jaén*, tras dieciséis años bregando por ser figura, se incorporó como peón a la cuadrilla de César Pérez. El otro diestro, José Luis de Los Reyes, que tomó la alternativa el año pasado en «La Tercera», no se vistió de luces desde entonces, sino de corto en contados festivales, como el que le vi el 9 de septiembre de ese año en el pueblo jienense de Castellar.

Benjumea –conseguida ya su parcela de gloria en el Cossío: «Valiente a prueba de cornadas, de toreo emocionante con ribetes tremendistas, muy buen estoqueador en múltiples ocasiones...» no se resigna, quiere bullir todavía entre los nombres que suenan. Nacido en el pueblo sevillano de Herrera –1945– inició sus andanzas en 1964 y salió por la puerta grande de Las Ventas en septiembre de ese año, con una novillada de Alonso Moreno de la Cova, en la que cortó tres orejas. Luego, unos años más que discretos. Treinta y cinco novilladas el 65, cincuenta y tres el 66 y el 67 –año de su alternativa en Castellón–, su techo más alto con ochenta y cuatro corridas. Después pierde fuelle: cuarenta y cinco el 68, treinta el 69, etc. En abril del 74 se tira de espontáneo en Sevilla a un toro de Palomo y lo sancionan con dos años sin actuar. Tras un prolongado silencio, reaparece cortando tres orejas en Palma de Mallorca<sup>2</sup>. El año pasado se encierra en Aranjuez con seis toros, no obtiene el éxito esperado, y ahora este penúltimo intento en San Sebastián de los Reyes.

Otra vez de lentejuelas entre sus convecinos –hace mucho que a Benjumea los habitantes de este pueblo madrileño lo tienen por uno de los suyos– y los sempiternos incondicionales que se han acercado a «La Tercera», aprovechando un sábado sin toros en Las Ventas. En el patio de caballos –con aire de corralón destartalado– fotos inmotivadas con los asistentes y sonrisas a contrapelo, en la hora equívoca de prolegómenos, cuando el espada actúa de máscara de sí mismo, mientras la lengua se torna de esparto, el cerebro resbala por geografías desdibujadas y las costuras de antiguas cogidas se recrudecen como hernias en primavera.

---

<sup>2</sup> Su reaparición en Palma fue el 3 de agosto de 1986 (Nota de la Redacción).

De seguida, a torear. En algún instante se envalentona y vuelve a aquellas formas aguerridas, toscas y refrescantes de sus comienzos. Sin embargo, le falta oficio –no anda suelto en la cara del animal– y descomunales pasodobles, que en las plazas reducidas se tararean con orfeones calientes –«¡Hazte a él, Pedro!»– lo devuelven al presente de un tiempo menos bonancible, que quisiera esquivar cuanto antes.

Mata mal y nadie lo aclama como en el 67, en que quedó el segundo detrás de *El Cordobés* por corridas toreadas (84). Al cruzar el albero, camino del hotel, en la asamblea de los tendidos, ninguno se solivianta –miradas cálidas de amigos, algunos niños lo rodean, el piadoso “Todavía se conserva” de un viejo– y este atardecer marceño, que se le clava trapacero en el costado, como un inmerecido bajonazo.

Algunos espectadores, que durante la lidia cuentan y no acaban –«Tiene una finca de cien millones y no vuelve por dinero mayormente»–, al advertir que esta ocasión no pasará a las crónicas, concluyen clarividentes: «No es el de antes».

Se desviste en el Gran Prix de Alcobendas y cuando, recién duchado, aparece por el bar su cara viento-del-pueblo se contrasta de ambigüedad –«¿Valgo o no valgo ya para esto?»– como si un jeroglífico se le descabalgara por la frente.

## 2.– PRISIONEROS DEL AYER

Abandonemos circunstancialmente a Benjumea y volvamos al tema principal. Estábamos en el momento en que las *viejas glorias* deciden –a regañadientes– colgar el traje de luces. Cuando dejan la brújula de la torería –faenas en el

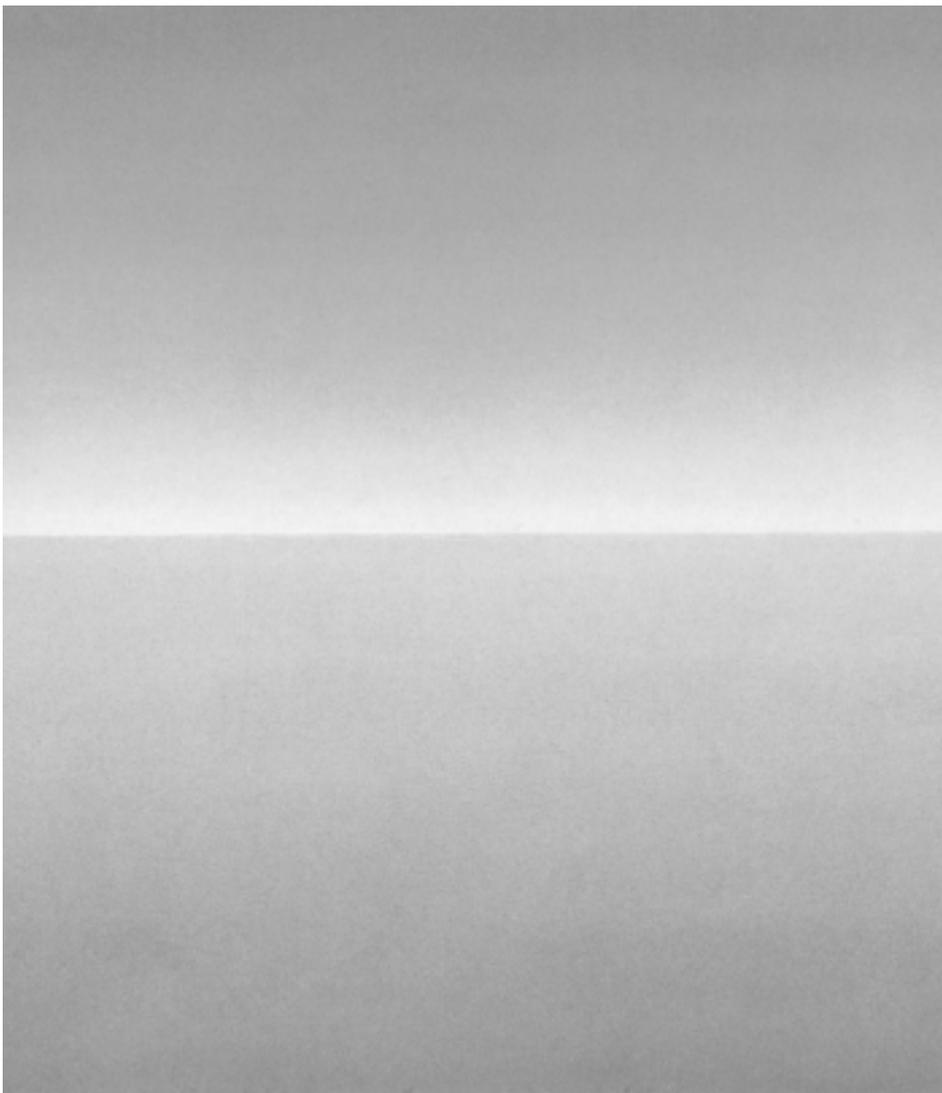


Fig. n.º 22.– Castañeda, A.: *Salir cada tarde*, óleo sobre lienzo, 32'5 x 91 cm, 1990.



campo, apartados, tientas, herraderos— la catedral erigida sobre la fiesta se resquebraja y, vueltos a la civilidad, se amustian como plantas silvestres en un invernadero. El sistema orbital de su vida —los hombres coexistimos entre galaxias de afectos e intereses que nos gobiernan— se atasca y agarrota como un mecanismo desajustado.

Recorrían el mundo a mil por hora: hoteles, palmas, broncas, orejas, el naufragio de los avisos, horas de neón y quirófano y mujeres... con un protagonismo desaforado en las horas muertas del maestro<sup>3</sup>. De repente, alguien tira del freno de alarma y el fantástico vehículo se detiene en seco. Frente al deambular por carreteras y aeropuertos, la calma chicha del hogar, la ponderación de lo doméstico y las horas insípidas de un negocio con los dineros del toro. Domingo Ortega lo reconoció sin eufemismos: «No es fácil retirarse de los toros. Yo mismo, desde que me retiré, todas las noches sueño que toreo».

Es un desajuste tan colosal —todo lo que había sido hasta ahora su existencia queda suspendido, cosificado, clausurado en el museo del yo— que cualquiera se resiente. ¿Qué representa una antigua figura ante esta sociedad superagresiva y consumista? Quien hasta anteayer aportaba arte a la sociedad, se incluye bruscamente en la nómina de muñidores

---

<sup>3</sup> Luis Miguel *Dominguín* lo dijo con claridad: «Si las mujeres no fueran a los toros, casi no valdría la pena vestirse de luces». Victoriano Valencia aportó también su memoria histórica: «La plaza de Cali en Colombia es de las más peligrosas no por el piso ni el viento. El peligro está en las muchachas caleñas cuando miran». Los versos sabios del padre Rubén Darío —«Carne, celeste carne de mujer/ arcilla dijo Hugo/ ambrosía más bien...» han hilvanado, desde la sapiencia superlativo del instinto, muchas más «grandes faenas» que todas las escuelas juntas de Pedro Romero a nuestros días.

de otros mil intereses humanos. Es muy verosímil, sin embargo, que los negocios iniciados nunca le confiaran el relieve que le otorgó en su día el paso por la tauromaquia.

Habiendo triunfado en un difícil menester, trata de adentrarse en otros que apenas conoce, usando la fortuna y nombradía que le dieron los cosos. Ahí precisamente radica el problema. Cuando se está yendo del toro hacia otros rumbos, entre las manos le queda un nombre –*Dominguín, El Viti, Capea*– del que ni sabe ni quiere desprenderse. ¿Cómo se puede abandonar plenamente la profesión cuando se está actuando fuera de ella –*El Cordobés* nunca fue Manuel Benítez en sus empresas, ni *Bienvenida* fue Antonio Mejías Rapela en su negocio de automóviles– con un alias que los ruedos consagraron?

Todo lo anterior resulta tan evidente que son los propios diestros quienes acaban utilizando esta circunstancia en su provecho. Tal es el caso de Luis Miguel González Lucas, a quien recientemente la justicia española ha reconocido el derecho de usar como apellido el famosísimo y taurino *Dominguín*. El torero de masas queda preso en su ayer, que le devora las entrañas como a un Prometeo condenado a hurgar siempre entre mil sucesos pretéritos. «El torero veterano, como el cazador, magnífica sus hazañas, las mejora y, cuando no hay materia prima, las inventa de cabo a rabo».

### 3.— EL INFIERNO ES NO TOREAR

Si los grandes de la coleta se apartaban de los toros de mala gana ¿cómo se marchaban los modestos? Casi todos los que han buscado el éxito sin conseguirlo, arrastran luego una

perdurable frustración. Doroteo de Pedro, joven y animoso empresario, me refiere el caso de *Barajitas* que, siendo novillero y yéndole muy bien sus negocios extrataurinos, colgó los trastos. Como la ilusión de su vida era llegar a toricantano, montó –hará unos dieciséis años– una corrida en San Sebastián de los Reyes con *Antoñete* y Andrés Vázquez. Lleno de ánimo vino luego a confirmar la alternativa a Madrid y, en el primer lance, sufrió una cornada de órdago. ¿Quién –a no ser la llamada imperativa hacia la fiesta– mete a un hombre, con el porvenir resuelto, en tales berenjenales?

En el espléndido libro *Tous Toreros*, donde Simón Casas cuenta sus vivencias a Pierre Carpentier, se recoge muy fielmente la fiebre sagrada de los principiantes: «¿Qué hace a un torero franquear los últimos metros y jugarse la vida en el ruedo? Pisar el albero es pasar del anonimato a la notoriedad, de la sombra a la luz, del silencio a la música y ¡qué música! Como si se tratara de los tambores de Aníbal, el torero sería capaz de atravesar los Alpes, arrebatado por un pasodoble. En el ruedo el diestro encuentra la justificación de su trabajo y el sentido de su deseo. Por eso, está totalmente preparado como un bólido a punto de arrancar. A fin de cuentas, es menos doloroso pisar el ruedo que no hacerlo jamás. Los toreros más desgraciados son los que nunca torear».

Los que raramente firmarán una corrida no dejan por eso de sentirse en activo y con festivales –que pueden dejarles veinte mil duros limpios cada uno– matan el gusano a su manera.

Otros brujulean, suben o se afligen y acaban descolorados en el desierto de oficios a trasmano y años enteros sin hacer el paseíllo –valga por todos el ejemplo del esforzado Carlos Escolar, *Frascuero*, recuperado venturosamente para

nuestros ruedos tras un largo peregrinaje internacional—, pero reconfortados en lo más profundo —*in scrinio pectoris* de los clásicos— porque siguen sintiéndose toreros.

En el fondo de esta actitud tan radical —antes cualquier cosa que dejar capa y muleta— subyace una supervaloración del ego o una clara pulsión narcisista porque a fin de cuentas, como señala el dicho popular, «Uno es más, si sabe que lo miran».

#### 4.— CORNADAS, MIEDOS, DESERCIONES

El abandono de la liturgia de Tauro para los encumbrados ha sido siempre laborioso y traumático. Poniendo de relieve esta extraña interinidad que engendra la salida de la profesión, una hija de Antonio Bienvenida, Paloma, dejó impresa para siempre una pregunta sabia —dirigida a su padre— cuando éste se despidió de los ruedos en 1966: «Papá, ahora que no toreas, ¿qué eres?».

Tras aquella falsa retirada, Antonio volvió a su carrera en 1971, hecho que, unido al retorno de Luis Miguel, originó que una portada de *El Ruedo* —por donde entonces andaba quien escribe— se titulara «La vuelta de los ancianos», con el consiguiente enfado de sus seguidores. Aunque reanudada con diversa fortuna, el admirado *Bienvenida* —fiel a sus convicciones— le confesaría por entonces a Petit Caro: «Siempre estaré en esto, pase el tiempo que pase, mientras aguante en la mano el peso de la muleta y la espada».

Rafael Ortega, el indómito diestro de San Fernando, a quien quitó de artista una gravísima cogida en Barcelona, fue

muy solicitado por ganaderos de primera fila para sus tientas y llevó luego su saber a una escuela taurina. *Litri*, padre, fue un caso pertinaz de despedidas y vueltas. Victoriano Valencia se marchó en 1971 porque se lo pidió Paloma, su mujer; y Luis Miguel, que fue en su día número uno y llevó sus aventuras por donde soplaban el aire –«Cada cornada que tengo lleva el nombre de una mujer»– embutido en trajes picassianos, volvió rumiando nostalgias también en 1971 y, queriendo enredar más, llevó el espectáculo a Yugoslavia –estadio Tasmajdan de Belgrado– el 2 de octubre de ese año.

Ordóñez se apartó en un volunto de irracionalidad que, a veces, alumbran las tenebrosas aguas del toro. Lo atesoraba todo –faenas para la eternidad, la victoria frente a Luis Miguel, su cuñado, el «verano sangriento» del 59 y un cuerpo (lección de anatomía) con veinte cornadas– cuando el 12 de agosto del 71, alterando con Paco Camino y *Currito* Rivera en San Sebastián, al salir *Colombiano* de Pablo Romero, cuarto de la tarde, tuvo la gran premonición. De la maraña de instintos, que asalta a quien se enfunda la taleguilla, brotaba uno resuelto, firme, dominante: el atavismo de la especie, aldabonando recio en el corazón. «He comprendido que quería retirarme y lo he hecho. De pronto, me di cuenta de que llevo veinticuatro años de toreo, que tengo una hija de dieciséis, que el día menos pensado se me casa y me quedo sin ella y que no he disfrutado de mi familia». Hizo allí mismo un brazado con los rasgos de su personalidad –impulsividad, sensibilidad artística, enfrentamiento temprano con la muerte, compulsividad– y lo quemó mentalmente, como si fuera leña seca. Había nacido el padrazo.

Toda la taumaturgia del toreo, su oscuridad reverencial y marmórea de friso, que refieren mejor que nadie los poetas,

significa para muchos un viaje sin retorno. Quien ha hecho alguna vez algo grande en una plaza –«Al alzar la montera y saludar al pueblo/ recogiendo los vítores/ el torero es un dios»– nunca podrá avenirse a papeles menos relevantes. Ser torero significa tocar las estrellas con las yemas de los dedos y entronizar en el altar de la existencia un ego talismánico en el que convergen anhelo y admiración.

¿Por qué quieren estar en el toro los retoños de grandes espadas –*Litri, Chamaco, Camino, Aparicio*– nacidos en almohadas de oro y que sin necesidad de asomarse a los cuernos tendrían abierto cualquier horizonte profesional? Lo que ensalza al infinito la corrida es su riesgo y hondura que –incidentalmente– conducen al público a esa caída brusca hacia lo mágico en que –según Sartre– consiste la emoción. Ser torero es una insania, un mal de ojo, un puro disparate...

##### 5.– «BUSCANDO EL VELLOCINO»

La tarde ha sido –artísticamente– procelosa y *Pedrín*, ojeroso y ausente, sosiega con unos amigos ante el oro fugaz de una cerveza. Como lo veo algo fuera de cacho, apunto la posibilidad de proseguir en otro momento.

–¿Hablamos mañana, Pedro?

–No, mañana no puedo. Voy de tiente.

Apenas pasado el sobresalto –el ganado de *María Lourdes* resultó bravísimo–, *Benjumea* acaricia ya el hormiguelo de otra efemérides taurina en el calendario. Más allá de los cuidados del siglo, como un monje-laico, enclaustrado en sus obsesiones, el diestro busca su vellocino... Los poetas lo entienden:

«Cada vez que el toro sube y baja por su vida/ el torero percibe un jazmín/ abriendo su delicadeza por el pecho».

BIBLIOGRAFÍA

Arroyo, M. (Coord.) (1983): *Arte y Tauromaquia*, Madrid, Turner.

Azofra, P. (1986): *Toreros que aplaudió la mayoría*, Logroño, Pevisa.

Cossío, J. M.<sup>a</sup> de (1986-1997): *Los Toros*, Madrid, Espasa Calpe (diversos tomos).

Carpentier, P. (1985): *Tous Toreros*, París, Denoel.

Olano, A. D. (1988): *Dinastías*, Madrid, Chass.

Petit Caro, A. (1974): *Por la puerta grande*, Barcelona, Marte.

Posada, J. (1987): *De Paquiro a Paula*, Madrid, Espasa Calpe.

Requena, J. M. (1970): *Gente del toro*, Madrid, PPC.

\_\_\_\_\_ (1986): *Historias de la fiesta*, Madrid, Delfos.

Ríos Ruiz, M. (1990): *Aproximación a la tauromaquia*, Madrid, Istmo.

Vaquero, C. (1951): *Verdades y mentiras del toreo*, Madrid, Prensa Española.

Saiz Valdivielso, A. C. (1972): *La fiesta taurina*, Bilbao, Proyección Editorial.

